

## DIARIO DE PALMA.

LUNES 17 DE MAYO DE 1852.

## Crónica religiosa.

## EXHORTACION PASTORAL

que el Excmo. é Ilmo. Sr. D. José Domingo Costa y Borrás, obispo de Barcelona, dirige á sus diocesanos.

(CONCLUSION.)

El Sr. Lanuza, obispo de Albarracin, se presenta como uno de los desafectos á la Compañía, pero es todo lo contrario. Entre las obras de este insigne Prelado contamos la de las *Homilias sobre los Evangelios*, que acabó de imprimirse poco antes de su muerte. En el tomo III núm. 3 de la 43, se hallan las siguientes palabras: «En el mismo año que Lutero declaró la guerra á la Silla Apostólica, envió Dios al glorioso Patriarca San Ignacio de Loyola, que dió principio á la fundacion de la Sociedad de Jesus que es una de las religiones florecientes que ha tenido y tiene la Iglesia, de suerte que no cede á ninguna otra, la cual dirige todas sus fuerzas y conatos á persuadir á los fieles el uso frecuente de Sacramentos, y á defender firmemente la autoridad de la Silla Apostólica y del Romano Pontífice en toda su pureza.» Pues bien: á esta tan verdadera esposicion de sentimientos no se opone mas que un fragmento sacado de una obra impresa en Francia, publicada muchos años despues de la muerte del Sr. Lanuza, sin lugar ni tiempo de la edicion. Así se fraguan las imputaciones contra los Jesuitas, y esto afectan creerlo los que en otras materias admiten por principio inconcuso, dudar de todo. Estamos seguros que si el señor Lanuza hubiera visto lo que de él publicaba un francés cofrade de Bourg-Fontaine, habria seguido sino precedido el ejemplo del señor obispo de Málaga, D. Ildefonso de santo Tomás, á quien se le colgaba el milagro de haber compuesto nada menos que el *Teatro Jesuítico*. Todo quedó disipado con el solemne mentís que dió con mucha oportunidad.

El venerable Palafox. Hay tambien empeño en presentar á este insigne Prelado como enemigo de los Jesuitas, y sus contestaciones con los de la Puebla de los Angeles, ofrecen un asidero no mas que plausible para creerlo. Pero cuando se emite un juicio es preciso no hacerlo con ligereza ni con pasion. Estiéndase la vista á toda la vida del señor Palafox y considérense sus últimos escritos, especialmente la Historia de la Conquista de la China y sus notas á las cartas de Santa Teresa, y se advertirá, á no dudar, cuánto habia cambiado la opinion de este Prelado. Aun con respecto á las desagradables ocurrencias de la Puebla de los Angeles, hay que tener en cuenta la suprema decision Pontificia para apreciar debidamente el valor de las quejas y de los clamores del señor Palafox, cuya memoria no quedaria tan honrada como Nos

quisiéramos, si habíamos de ocuparnos de unos puntos que para nada hacen falta. Seria demasiado prolijo el continuar haciéndonos cargo de las profecías de santa Hildegarda, y á buen seguro que quedarían tan lucidos los adversarios de la Compañía como en todo lo demás. Las espresiones menos favorables atribuidas á personajes beneméritos de la Religion, unas son alteradas, otras pertenecen á situaciones difíciles, en las cuales nada mas comun que no hallarse enteramente acordes en algun punto, aun los sujetos mas bien intencionados. Empero cuando se lleva á este terreno una discusion, por otra parte tan elevada, bien puede abandonarse porque ha perdido ya su interés.

**Probabilismo.** Son censurados los Jesuitas con esta nota; pero no sabemos si se ha observado que nació antes que ellos, que hubo unos tiempos en que tuvo mucha boga en las escuelas, y acaso aquellos fueron los menos adictos. Lo cierto es, que de la Compañía salieron los primeros y mas briosos enemigos. «Debe confesarse dice el Padre Concina, que la invencion del probabilismo atribuido á los Jesuitas, es una impostura solemne.»

**Regicidio y tiranicidio.** Mas de dos siglos antes de instalarse la Compañía, vemos agitarse entre los escritores estas nefandas cuestiones. La Iglesia, cuando llegó su hora, habló y proscribió los errores. Los Jesuitas tanto en su famoso *Instituto*, como en el llamado *método*, no tuvieron mas doctrinas que las de la Iglesia.

El primero, conforme á la carta del santo Fundador, inculca y repite á cada paso el precepto de que se obedezca á las potestades seculares como á Jesucristo. Encarga á los súbditos de la Compañía, que rueguen incesantemente á Dios por los Príncipes seculares: encomienda á los superiores que no den por su parte, ni permitan que ninguno de sus súbditos dé la menor ocasion de disgusto á los Reyes ni otra potestad alguna. Manda que los predicadores y misioneros de la Compañía inculquen constantemente el respeto y la veneracion que se debe á los Obispos, no menos que la sumision y fidelidad que corresponde á los Soberanos. Condena toda máxima sediciosa que pueda ser ofensiva á los derechos, inmunidades, jurisdiccion y regalías de los Príncipes, y por punto general todas las que huelan ó pertenezcan á materias de Estado. Y el segundo, renovando estos mismos preceptos, encarga con el mayor rigor á los maestros y revisores de libros, que no permitan publicar, ni que se lean en las escuelas, libros ú obras que contengan doctrinas contrarias á los principios antedichos. Dígase lo que se quiera con respecto á los Jesuitas de Inglaterra y Portugal, porque el tiempo ha venido á revelar lo que pudo ocultarse con artificio misterioso. Está fuera de toda duda en buena crítica, que ni en el uno ni en el otro caso, fueron autores ni cómplices los Jesuitas de tan horrendos atentados.

Repitamos, pues, con el sabio Benedicto XIV en la Bula espedida en 1748: «Que es universal y constante opinion de todos, confirmada tambien con el supremo oráculo pontificio, que el omnipotente Dios, así como en otros tiempos se valió de otros santos varones, así echó mano de San Ignacio y de la Compañía que fundó para oponerse á Lutero y á los herejes de su tiempo; y que los religiosos alumnos de la Compañía, siguiendo las pisadas de tan grande Padre y Patriarca con los continuos ejemplos de sus religiosas virtudes, y por los ilustrísimos documentos de todo género de doctrinas, particularmente las sagradas, prosiguen acreditando esto mismo.» Esta solemne declaracion, tan en armonía con los repetidos oráculos de la Iglesia, y en especial con el de Pio VII, antes copiado, debían sellar los labios á todo buen católico, y al menos optar por el silencio, en vez de suscitar y renovar especies que no hacen sino perturbar los ánimos y sembrar zizaña.

Despues de dejar en el lugar correspondiente la verdad histórica religiosa sobre la Compañía, convendria que el ilustrado Redactor de *La Actualidad* pronunciara algunas palabras de desagravio hácia la *Escuela de la Virtud*, porque no hay en ella esos ejércitos de jigantes y vestiglos que solo existen en las páginas de su periódico. Todos sus ejercicios son públicos, y si fueran capaces ni aun remotamente de perturbar el orden, ni un solo instante permitiríamos semejantes reuniones, porque estamos tan interesados como el que mas en su conservacion. Seamos imparciales y no estrañaremos que si tantas escuelas hay abiertas para el vicio y la corrupcion, no es mucho sino muy poco que haya una abierta para la virtud y morigeracion. A estos puntos iríamos agregando otros, todos de suma importancia para un papel publicado entre católicos por un católico, dando tambien lugar á la condigna satisfaccion por los cuentos y anécdotas, en los cuales suele satirizarse á la dignidad mas elevada de la Iglesia, á bien que se ve á tiro de ballesta que la cosa no lleva malicia. De otra suerte, y no cejando, nos veremos en la dura, pero imprescindible necesidad de acordar las medidas oportunas y tratar al periódico como tratarse debe á quien apenas toca persona ni cosa eclesiástica ó religiosa que no la lastime.

Despues de *La Actualidad* del 21, viene *El Barcelones* del 22 dando pasos tan ajigantados en el camino del error, que en breves cláusulas ha llegado al término fatal. El artículo de fondo de este dia, disuelve por completo la Iglesia de Dios, trocándola en Iglesia de hombres. Los gravísimos deberes de nuestro ministerio, nos precisan, Amados Hermanos, á preveniros contra este artículo, en el que pululan los mas crasos y detestables errores. «Los Emperadores romanos, dice, eran gefes de la Religion.» Quisiéramos hacernos la ilusion de poder atribuir este aserto á la época anterior á la conversion de

Constantino, para excusar á su autor, haciéndole recaer en los Emperadores gentiles. Pero no nos lo permite lo que sigue: «Constantino presidió como tal, el concilio de Nicea.» Esta segunda proposición determina y aclara la duda que podría ofrecer la anterior. Pero á fin de que no exista el menor rastro de ambigüedad, dice mas adelante: «los Obispos eran los vicarios ó representantes del poder espiritual del Emperador en las provincias, como los Prefectos y los Procónsules eran los vicarios ó representantes del poder temporal.»

Aquí tenemos al Emperador revestido de un doble poder espiritual y temporal, á los obispos equiparados con los Prefectos, representantes los primeros del Emperador en el orden espiritual, así como los segundos en el temporal... Esto es el anglicanismo neto y desenmascarado, tal, que Enrique VIII no podia pedir mas. Suelen los que abundan en estos principios, ser ménos explícitos ó dejar alguna evasión para aprovecharla si se les estrecha; pero aquí el lenguaje no puede ser mas franco, y está todo cerrado herméticamente. Con qué no hay sino proclamar el protestantismo mas exagerado. Prosigue: «á causa de su posicion cerca de los Emperadores, los Obispos de Roma y Constantinopla, estaban revestidos de un gran poder. Muchos edictos de los Emperadores daban una verdadera supremacia al Obispo de Roma.» Es todo consiguiente: El gran poder del Obispo de Roma se motiva con la proximidad al Emperador, y luego atribúyese al Emperador el dar la supremacia al Obispo de Roma, cosa que supone que aquel la tenia, porque nadie da lo que no tiene. Considerando, pues, Amados Hermanos, que sois católicos, y que deseais vivir y morir en la santa fe de vuestros padres, no podemos dispensarnos de recordaros el deber en que estais de absteneros de la lectura de semejante artículo, por contener proposiciones heréticas, erróneas é injuriosas á la Iglesia. Abrigamos todavía la confianza de que el autor conocerá sus errores, y dará una pública satisfaccion retractándose. Solo así nos creeremos dispensados de apelar á medidas extraordinarias, que no podríamos excusar en la negativa ó resistencia, por mas sensible que nos fuera. Además, Amados Hermanos, os rogamos por caridad, que pidais al Dios de las misericordias, su santa luz y discrecion para que conozca y deteste los errores este hermano nuestro, como Nos se lo hemos suplicado, y no dejaremos de hacerlo sin intermision.

También os recomendamos, Amados Hermanos, que roguéis al Padre celestial, para que no deje caer en la tentacion de escribir sobre Religion á ciertos hombres, porque, para hacerlo bien, es menester que la conozcan y que la amen... Aman la política, y á pesar de ello esta tiembla y gime al verse entre sus manos que la tratan, maltratan, y sacuden tan reciamente que apenas cuenta hueso sano. La Religion espera impávida el combate; pero lo siente, no por ella, porque de esto vive, sino por el amor de ellos. Seguid á los Pastores, Amados Hermanos, á quienes Dios ha puesto para gobernar su Iglesia, y les ha prometido estar con ellos hasta el fin de los días. El que os escucha y obedece, á mí me escucha y obedece; el que os desatiende y desprecia, á mí me desprecia, dice el Espíritu Santo. Nada falta en esta obra del Señor, porque él ha puesto Apóstoles, Pastores y Doctores, para que no vacéis ni os dejéis llevar por cualquier viento de doctrina. Acordaos que el Señor, salvando al pueblo de la tierra de Egipto, destruyó despues á aquellos que no creyeron. Infelices, de quienes dice el sagrado texto que con-

taminan su carne y desprecian la dominacion, y blasfeman de la Majestad... nubes sin agua que llevan de acá para allí los vientos, árboles marchitos de fruto agostado, dos veces muertos. ¡Ay de ellos! porque anduvieron en el camino de Cain, y por precio se dejaron llevar del error de Balaam, y perecieron en la sedicion de Coré. Este hombre ambicioso se rebeló contra Moises y Aarón, y quiso usurpar el ministerio del sacerdocio, lo que causó gran division en el pueblo; mas fueron castigados los rebeldes, haciendo el Señor que se abriese la tierra y se los tragase vivos. Jamas se aparte de nuestra memoria, Amados Hermanos, que vendrá el Señor entre millares de Santos á hacer juicio contra todos, y á convencer á los impíos, de todas las obras de su impiedad y de todas las palabras injuriosas que han hablado contra Dios.

Os debemos dos palabras mas, Amados Hermanos, por un remitido inserto en *El Católico* del 2 de abril, que hacia ciertas alusiones á nuestra persona. Ni sabemos quién es el articulista, ni ninguno de nuestros familiares, ni Nos tuvimos noticia alguna hasta que leímos lo que dijo *La Actualidad*. Si como este periódico parece indicar, se pone en duda la obediencia con que me honrais como indigno sucesor de los Severos, Pacianos y Olegarios, no daremos mas que una contestacion que valga por todas. Tal vez no hay ejemplos iguales, á los que todos habeis presenciado, de respeto y deferencia, no diremos á nuestros preceptos, sino á nuestras indicaciones. Excusamos mayores esplicaciones, porque todos pueden comprendernos. Sea dada gloria á Dios y á vuestras virtudes.

Finalmente, Amados Hermanos, terminamos estas sencillas amonestaciones con el glorioso San Judas: «Acordaos de las palabras que os fueron dichas por los Apóstoles, edificaos vosotros mismos sobre el cimiento de la santísima fe, orando en espíritu santo. Conservaos en el amor de Dios, esperando en la Misericordia de Nuestro Señor para vida eterna.» Tales son nuestros votos, y en prenda de nuestro mas sincero afecto os damos nuestra bendicion en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. De nuestro palacio Episcopal de Barcelona á los 28 días del mes de abril de 1852.—José Domingo, Obispo de Barcelona.—Por mandato de S. E. I. el Obispo mi Señor, Antonio Portella, Presbítero Secretario.

#### ADVERTENCIA.

Nos consideramos en el caso de publicar, con la mayor complacencia, que la Redaccion de *El Barcelonés*, invitada por Nos á una conferencia sobre el artículo del día 22, se ha prestado con una deferencia que la honra á retractar las doctrinas que entraña dicho escrito. Igualmente nos ha dado las debidas garantías en orden al porvenir, cuya circunstancia deseamos se tenga presente para que en ningun caso queden perjudicados los intereses de la empresa por motivo de nuestra censura. Esto ha tenido lugar despues de impresa la presente Pastoral. Gloria sea dada á Dios.

### Seccion literaria.

#### ESPINAS DE UNA FLOR

(segunda parte de *Flor de un dia*): drama en verso, en tres actos y un epílogo, original de D. Francisco Camprodon.

La pasion del amor, fuente inagotable, y

siempre nueva, de situaciones dramáticas, ha inspirado al Sr. Camprodon las obras cuyos títulos encabezan estos renglones; y, no los odios de familia, como en *Julieta y Romeo*; no la diversidad de intereses, como en *Los amantes de Teruel*, sino la veleidad y la fragilidad humanas, personificadas en la heroína y ayudadas de dos casamientos, que alzan una barrera insuperable entre el amor y el deber de Lola y Diego, son las fuentes de donde manan la vida y el interes en las creaciones á que aludimos.

Aplaudida y juzgada ántes de ahora *Flor de un dia*, primera parte de la que *Espinas de una flor*, es segunda, cúmplenos hoy ocuparnos en apuntar lo que ha pensado el público acerca de esta: vamos, pues, á desempeñar la tarea que nos imponemos con tanto mas gusto, cuanto que la obra del Sr. Camprodon abunda en rasgos de mucho mérito; rasgos que el selecto auditorio que llenaba las localidades del teatro del Drama en la noche del miércoles último ha aplaudido con entusiasmo una vez y otra.

Entre las condiciones de belleza mas importantes que adornan la obra en cuestion ocupa en nuestro concepto, y creemos que también en el del público, un lugar muy preferente la suma sencillez del plan. Pero el Sr. Camprodon, que con su buen instinto de verdadero poeta ha querido formar un tipo artístico donde á la sencilla estructura del clasicismo antiguo, se enlace el interes activo y animado, por decirlo así, del drama moderno, temeroso sin duda de parecer fria en la escena, ha exagerado á veces el movimiento de la pasion, estremando el vigor de las situaciones, y dando al desarrollo de los afectos la mayor tirantez posible. De tal modo, que no hallando colores bastante enérgicos en la expresion, sencilla siempre, de los sentimientos del alma, suele recurrir al color pintoresco de la fantasía, y al análisis fisiológico, fruto esclusivo de la razon, para hacer mas interesantes, y poner mas en relieve las pasiones de sus héroes; creando así una especie de sentimiento *imaginativo* brillante y seductor en ocasiones, pero que no siempre puede confundirse con el verdadero sentimiento nacido del corazon.

Este defecto, si defecto puede llamarse, bastaria para acreditar de poeta al que ha sabido pintar en *Espinas de una flor* con tan vivo colorido la historia de dos corazones apasionados é infelices, cuya desdicha es hija principalmente de los no reglados ímpetus de sus afectos. Sabido es que nadie puede exagerar cualidades que no tiene; y el sentimentalismo que anima la obra de que tratamos no pareceria estremado en ciertos momentos, si el alma del autor no estuviese templada para sentir y espresar dichas pasiones, si su imaginacion no las viese por su prisma que nada tiene de vulgar, y cuyas dotes no nos atrevemos á censurar ni á encarecer sin mas detenido estudio.

Cuatro son los personajes de que el autor se ha valido para complementar el pensamiento de *Flor de un dia*, ya que todos los demas incluidos el negro Carlos, son episodios y no importan mucho al desarrollo de la fábula: Lola, marquesa de Montero, cuyo marido sucumbe al tocar con ella el término de su viaje ya casi junto á las playas de Veracruz; Diego, que se ha casado con la hija de un antiguo amigo suyo y que vive, sino feliz, tranquilo al ménos lejos de España y del objeto de sus primeros amores; Elena, su esposa, modelo de cariño conyugal y de celestial ternura; y el padre José, anciano sacerdote en quien el autor ha logrado encarnar á veces el espíritu verdaderamente cristiano que se desvela por facilitar á cada amargura un con-

suelo, á cada dolor un lenitivo, á cada incertidumbre una esperanza.

Estos cuatro personajes; la pasión de Lola y Diego, contrariada al encontrarse ambos inopinadamente libre aquella, por el casamiento de este con Elena; la sublime abnegación de la esposa; y la solicitud evangélica del sacerdote, son los fundamentos de que se compone el drama que nos ocupa y de los que el señor Camprdon ha sacado no pocas veces un partido extraordinario.

Ya hemos espuesto, aunque someramente, lo que pensamos, ó mejor dicho, lo que á nuestro modo de ver ha pensado el público respecto á la pasión que en el primer elemento de vida es la obra de que se trata. Digamos ahora lo nos parecen los caracteres, con lo cual completaremos el sumario juicio de *Espinas de una flor*, drama que se distingue muy principalmente por estos y por aquella.

En nuestro humilde concepto los caracteres mas interesantes y mas bellos del drama en cuestion son los de Elena y el padre José. La primera, sobre todo, es una creacion bellísima, tan superior á la heroina, como es superior la virtud acrisolada á la virtud equívoca; como es superior la bondad que sufre resignadamente al delirio que hace sufrir; como es superior, en fin, la verdad de la naturaleza al extravío de la calentura. Así no menguase su brillo la inconsecuencia de responder á la narracion lastimosa de los dolores que desgarran el corazón de Lola con la pintura de la inmensa felicidad que gozaba su alma en el cariño de su esposo!

En cuanto á Diego y Lola quisieramos que no se dejasen de arrebatarse en alas de la estremada pasión hasta ser injustos para con la humanidad y para consigo mismos; y que lo violento de sus afectos, poco simpáticos generalmente, hallasen en la razón y en el deber freno que los contuviese. En suma, Diego y Lola, á pesar de lo mucho que el autor ha querido poetizarlos, no pueden borrar la mancha de casi divinizar en su alma pasiones criminales anteponiéndolas á las que el tiempo, y la razón, y el deber hubieran debido alimentar, sofocando los novelescos impulsos de aquellas.

Por lo demás, el drama abunda en situaciones interesantísimas y teatrales, como la final del acto segundo, que mereció al autor el ser llamado á la escena, ó como la final del tercero, que es, sin duda alguna, la mas bella de todas, aun cuando no fué tan aplaudida como merecía. Y en efecto, ver á una mujer que comprende la desgracia de la debilidad que no sabe dominar sus pasiones, y que lejos de irritarse con la que le roba el cariño de su esposo, dice, ahogando en sollozos su corazón y procurando en un cariñoso abrazo mitigar las angustias que su rival padece:

... A Dios pluguiera  
que cual es de cariño estrecho lazo  
de dicha para vos bálsamo fuera.

es un rasgo delicadísimo que supone en el poeta verdadero sentimiento, y que lo hace doblemente acreedor á censura cuando, para abusar de este mismo sentimiento, sale fuera de las condiciones naturales y del lenguaje del alma.

Lo que mas llama la atención es esta obra es el gran número de pensamientos poéticos que el autor ha derramado en ella, y que, si no siempre se hallan espresados tan pura y castizamente como fuera de desear y como el señor Camprdon puede hacerlo, se distinguen, ora por su originalidad, ora por su grandza, ora por su profundidad y energía. En prueba de ello copiaremos á continuación algunos pasajes del drama,

que dicen mucho en pro de las buenas facultades de nuestro poeta.

En el acto segundo, Diego dirigiéndose al negro Carlos, enamorado de Elena, y cuya pasión, ignorada de todos, cubre su rostro de tristeza, esclama:

«Ay pobre Carlos, qué espinosa senda  
Empezais á seguir: no es poca dicha  
Si podeis encontrar quien os comprenda.  
Cruzais la edad del goze,  
En que se encuentra el corazón sin dolo;  
Cuando el primer arpon os lo destróe,  
Consúeleos el pensar que no estais solo.  
¿Veis esa humanidad que se rebulle?  
Pues figuraos ver un cementerio  
En que, como la huesa al muerto engulle,  
Cada cual va escondiendo su misterio;  
Y, de su pena y de su afán cargado,  
Va siguiendo adelante  
Llevando su misterio sepultado  
En su nicho ambulante,  
Un misterio de lágrimas que aterra,  
Que solo á Dios á distinguir alcanza,  
Y en urna santa de recuerdos cierra  
La marchitada luz de la esperanza.» (1)

Y mas adelante añade:

«Por qué vais imprudente  
A arriesgar la ilusión de vuestra vida,  
Dejándole pendiente  
Del corazón de la mujer querida?  
Vos me dareis sin duda  
Una sola respuesta que os abona:  
Cuando uno ama, la razón es muda.  
Y con el corazón no se razona.  
Tambien eso es verdad; mas si aun es tiempo,  
Guardad intacta esa ilusión hermosa,  
Que surge á embellecer vuestra existencia;  
Guardad esa esperanza venturosa,  
Que en vos se ha despertado,  
Adorando en la idea, en la creencia,  
Pero no en la muger que os la ha inspirado;  
Porque ese vago anhelo, esa esperanza,  
Que sin duda crear el cielo quiso  
Para alentar nuestra mortal miseria,  
Es una bella flor del Paraíso  
Que muere al acercarse á la materia.»

En el epílogo, que es lo menos teatral del drama aunque no lo menos poético, se encuentran estas redondillas donde hay pensamientos muy bellos y espresados con mucha felicidad:

Lola. Padre, ¿qué quiere decir

El toque de esa campana?

P. José. Es, hermana, un signo eterno,

Con que el creyente ha marcado

El toque de un desterrado

Que llama al hogar paterno.

Es la voz de la oración,

Con que á los fieles se avisa

Que hay una alma que divisa

Las palmeras de Sion.

El cielo rompe los lazos

De nuestra mortal fatiga,

Y la muerte es una amiga

Que nos aduerme en sus brazos;

Y el alma en fé sumergida

Tranquila espera el Dios bueno.

Que viene á rasgar de lleno

El misterio de la vida.

(1) Los dos últimos versos no están conformes con los del original que dice así:

«y en urna santa de recuerdos cierra  
la marchitada flor de la esperanza.»

(Nota de la R.)

¿Visteis del mar la braveza,

Quando del viento azotada

Trae impreso en su oleada

El sello de su grandeza?

Asimismo visteis vos

Los humanos corazones,

Que en sus inmensas pasiones

Llevan el sello de Dios.

P. José. Nunca amengüen esa llama

De la vida los abrojos,

No aparteis de Dios los ojos:

El aflige á los que ama.

## CORREO DE HOY.

El vapor correo *El Barcelones* ha fondeado en este puerto, sin la menor novedad á las nueve de la mañana, conduciendo á bordo la correspondencia pública y 35 pasajeros.—Las noticias que hemos recibido de Madrid alcanzan al 11 del corriente.

## Noticias extranjeras.

Paris 10 de mayo.

El *Monitor* contiene un gran número de promociones en todos los grados del ejército y nombramiento de caballeros de la Legión de Honor.—Tambien inserta una lista muy larga de medallas militares concedidas á sargentos y soldados.

—La ceremonia de la revista y distribucion de águilas al ejército ha tenido lugar hoy, con un tiempo magnífico, segun el programa resuelto por el gobierno. La tribuna del príncipe Presidente se elevaba sobre un estrado colocado á la altura del primer piso de la Escuela militar. Se iba á este estrado por una grande escalera interrumpida por tres grandes mesetas. Abajo de la escalera de cada lado, habia colocado dos leones dorados, esculpidos por M. Barye. Sobre la fachada del estrado habia un fronton redondo cortado, al centro del cual sobre un fondo azul sembrado de estrellas de oro descollaba una águila inmensa, sosteniendo el gran cordón de la Legión de Honor. Encima del fronton, varias Famas ocupaban los lados de un ancho arco de bóveda, sostenido por columnas. Cortinas de terciopelo carmesí adornaban la parte superior de este arco; de donde colgaban otras dos cortinas de la misma ropa, sostenidas por abrazaderas de oro. El interior estaba igualmente tapizado de terciopelo carmesí. El fronton igualmente redondo y cortado, estaba lleno de círculos de hojas de encina doradas, al centro de las cuales habia inscrito 7.500.000 (número de los votos obtenidos por el príncipe Presidente cuando su última eleccion); á los dos lados de esta cantidad, dentro de medallones, habia en letras de oro escritas las siguientes palabras: *Vox populi, vox Dei*. El basamento de esta tribuna, que no tenia entrada sino por el Campo de Marte, estaba pintado como de piedra y mezclado de águilas y de las iniciales L. N. rodeadas de guirnaldas. Al fondo de la tribuna del Presidente habia cuatro separaciones destinadas á su familia, al cuerpo diplomático francés y extranjero, á las esposas de los embajadores y de los ministros, y á los altos dignatarios del Estado.—En medio del Campo de Marte se elevaba un templo que tenia veinte y cinco metros de alto. Sobre una plataforma de ocho metros de elevacion estaba colocado el altar mayor. Cuatro pilastras sostenian cuatro archivoltas correspondiendo á los cuatro lados del Campo de Marte. Sobre un ático rematado por una cornisa, apeábase una cúpula de escamas doradas, sobre la cual se elevaba una cruz latina. Cuatro águilas doradas ocupaban los ángulos de la cornisa, sobre las archivoltas; en cada pilastra estaba arriada una columna estriada con un capitel y sosteniendo una estatua. Las columnas destacadas juntándose con las cornisas de las pilastras á la altura de las archivoltas. De este punto colgaban cuatro cortinas sostenidas por la parte de afuera por grandes lanzas inclinadas. Estas cortinas estaban formadas alternativamente por listas de terciopelo carmesí y listas de oro. Tres mesetas, hacían frente á la Escuela militar conduciendo al altar. Todo el fondo de la decoración era blanco y dorado.

Desde las ocho de la mañana, los habitantes de los arrabales y de todos los cuarteles de la capital han acudido al campo de Marte, y ocupado los terraplenes que se elevaban á cada lado en la forma de anfiteatro, frente de las tribunas públicas. Las tropas han empezado á tomar

posesión á las diez: los delegados de cada cuerpo enviados para recibir las águilas se colocaron á lo largo de los terraplenes, cada uno cerca de un pilar de madera adornado con dos gallardetes con los colores nacionales y de un haz de banderas coronadas con águilas. Cerca de las once, todas las tribunas estaban ya llenas. A cada lado del campo de Marte, sobre los terraplenes, se elevaban construcciones de diferentes formas establecidas á espensas de particulares y que no contenían menos de cuarenta mil personas. Los buletes, cuyo precio se había fijado á 5 fr., se han vendido á 50, 100 y hasta 150 fr.—El aspecto que presentaban bajo un cielo despejado los uniformes y los adornos de las señoras era sorprendente y ofrecía una perspectiva grandiosa. En la tribuna del Presidente había la princesa Matilde, lady Douglas, la princesa Elcia Bacciochi, el príncipe Napoleon Bonaparte, el príncipe Luciano Bonaparte, el príncipe de Canino, el conde Camarata, etc. etc. En las tribunas de honor, se notaban personajes y militares de muchas naciones y entre los españoles, el general Brochero, la marquesa de Guadalcazar, el marqués de Brenez, el señor Cueto Gonzalez, los coroneles Verdu, Orijan, Gaertner etc.

A las once y media, el arzobispo de Paris, precedido de su clero, entró procesionalmente en el campo de Marte, procedente de san Pedro del Gros Cailloux, cantando el himno *Veni Creator*. Mas de seiscientos cañonigos, curas y capellanes, los primeros en traje canonical, y los segundos con la estola encarnada, seguían procesionalmente y fueron á colocarse en las gradas del altar. A las doce y veinte minutos, el Presidente de la República entró en el Campo de Marte por el puente de Yena. Una salva de artillería había anunciado la salida del Presidente de las Tullerías; se hizo otra á su llegada al Campo de Marte. Luis Napoleon, de grande uniforme de logar-teniente general y llevando el gran cordon de la Legion de honor, iba acompañado de su tío, el príncipe Gerónimo, del ministro de la Guerra, de los mariscales de Francia, de su casa militar, y de un numeroso estado mayor, detras del cual iban los gefes árabes, vestidos con albornoces encarnados y blancos, y montando caballos ricamente enjaezados. El Presidente pasó á galope por delante la línea de infantería que lo ha saludado con los gritos de *viva Napoleon!* despues atravesando el Campo de Marte frente de las tribunas, en donde tambien han estallado los gritos de *viva Napoleon!* ha ido á pasar revista á la caballería formada á la derecha en columna cerrada, y á la artillería en masa al fondo del Campo de Marte. Luis Napoleon ha vuelto en seguida á colocarse ante el altar en donde ha saludado al clero, el cual ha contestado con gritos de *viva Napoleon!* De allí ha pasado á la tribuna presidencial y se ha colocado en el centro, teniendo á su derecha al príncipe Gerónimo, su tío. El príncipe Gerónimo llevaba por primera vez la medalla creada por el príncipe Presidente. Esta medalla le fué enviada ayer, acompañada de una carta en la cual el príncipe le rogaba que la llevase en esta ceremonia.

El presidente distribuyó igualmente medallas á los mariscales y á los almirantes. Detras de los dos sillones estaban de pié los ministros, el mariscal Exelmans, el mariscal Vaillant, el almirante Mackau, SS. EE. Mathieu, Dupont y Dounet, con el grande traje de cardenales, los ayudantes de campo y su casa militar.

Los coroneles de infantería llegaron al pié del estrado, y cada uno de ellos fué á recibir sucesivamente de manos del Presidente su bandera y volvió á colocarse al pié de los escalones haciendo frente á la tribuna. En seguida vinieron los coroneles de artillería y de caballería. A la una menos cuarto, se había terminado ya la distribución de las águilas. Los coroneles en masa y llevando sus banderas en la mano subieron algunos escalones para acercarse á la tribuna presidencial, y allí Luis Napoleon les ha dirigido, con voz firme y sonora, la allocucion que al final va inserta.

A una señal dada desde el altar, el cañon hizo oír su voz metálica, y empezó la ceremonia religiosa. Otro cañonazo anunció la elevacion. En este momento los tambores y las cornetas tocaron marcha, las tropas presentaron las armas, las banderas se inclinaron, y todos los oficiales, sin voz de mando, se descubrieron para rendir homenaje al Dios de los ejércitos que tantas veces ha bendecido las glorias de Francia. El arzobispo procedió en seguida á la bendicion de las banderas, durante lo cual se oyeron ciento y un cañonazos. Despues de la bendicion, el ilustre prelado pronunció el siguiente discurso:

*Sanctificate bellum.*

JER. VI. 4.

Príncipe, soldados: El Dios de paz, de quien somos ministros, es tambien el Dios de los ejércitos. He aquí por qué nuestro sitio, el sitio de la Religion está tambien en esta fiesta guerrera.

Hubo siempre una religion de los combates. Entre el pueblo judío, Dios dirigia las batallas, formaba los grandes capitanes, inspiraba á los profetas los acentos mas bellicosos. Los romanos colocaban los dioses al lado de las águilas, al frente de las legiones.

Constantino alcanzó sus grandes victorias bajo el estandarte de la cruz. Nuestros antiguos caballeros, antes de ir á combatir á los infieles, se hacían armar y bendecir por

la Iglesia. No hablo del estandarte de la antigua monarquía que nuestros reyes iban á recibir de manos de la Religion, ántes de su expedicion guerrera, en el altar de Saint Denis: el recuerdo de este se ha presentado naturalmente á todas las memorias.

¡Cosa admirable! La Iglesia que predica á todos la paz, la Iglesia, cuya santa milicia no sabe verter mas que su propia sangre, y hasta tiene horror á la sangre enemiga, la Iglesia ha tenido siempre bendiciones abundantes para el soldado, para sus armas y para sus banderas.

La explicacion de este misterio no es difícil, y es toda la significacion de esta gran solemnidad, militar y religiosa á un mismo tiempo.

La paz es la idea de Dios. Es el fin á que caminan las sociedades humanas cuando siguen, en su curso regular, los principios de la justicia y las inspiraciones de lo alto. La guerra no es legitima sino cuando se hace para conquistar y asegurar la paz. Los ejércitos son en manos de Dios poderosos instrumentos de pacificacion y de orden público.

El derecho tiene necesidad de la fuerza para hacerse respetar aquí abajo; pero á su vez la fuerza tiene necesidad del derecho para no salirse del orden providencial. La paz es por lo tanto el fin, la guerra algunas veces el medio: medio terrible, pero necesario, por efecto de las pasiones que agitan al mundo.

He aquí por qué Dios la aprueba, por qué sus profetas la llaman santa, *sanctificate bellum*; por qué la Iglesia tiene para ella palabras de bendicion, de estímulo y casi de amor; por qué ahora, como muchas veces en lo pasado, el soldado y el sacerdote se han encontrado y se han tendido la mano.

El soldado y el sacerdote, colocados uno y otro bajo las leyes austeras de la disciplina, llevando en el corazon los mismos principios de conducta, que son el amor al deber sobre todas las cosas y el espíritu de adhesion hasta el sacrificio de su vida, trabajan juntos, aunque de una manera distinta, para procurar, por medio del encadenamiento de las pasiones, el triunfo de la justicia en las sociedades humanas.

¡Cuantos servicios prestados á la paz pública por este glorioso ejército que viene hoy á inclinar su frente ante la Majestad suprema! ¿De qué proviene que esos rumores sordos que rugían en las entrañas de la Francia y de la Europa entera se han caído de repente? ¿Por qué esas amenazas de guerra civil y de anarquía que arrojan el espanto en los espíritus se han desarmado? ¿Quién ha parado ese trabajo de disolucion que hacia tan rápidos progresos? Es una voluntad firme y resuelta, apoyada por un lado en la voluntad nacional que es su derecho, y por otro en el ejército que es su fuerza.

¡Ahora, pues, salud, gloriosos estandartes símbolos de tantas victimas! Nuestra alma de pontífice, que jamás ha permanecido extraña á ningún sentimiento de patriotismo, se conmueve al veros. La gloria en este momento borra á nuestros ojos las antiguas desgracias de la patria. Y no obstante, tan dolorosos recuerdos que aquí desaparecen, no podrán ser olvidados!

¡Oh príncipe, á quien la voluntad de un gran pueblo ha puesto al frente de sus destinos, nosotros comprendemos lo que estos recuerdos heroicos, que nos presentais como la mas gloriosa parte de vuestra herencia doméstica, deben decir á vuestro corazon!

¡Ah! Contamos con vuestra sabiduría para que os ponga á cubierto de esos arrebatos de la gloria! La Francia tiene necesidad de tranquilidad y de orden. Fatigada por la licencia, sin repudiar la libertad, quiere descansar á la sombra de un poder fuerte y tutelar. Continúa llevándola por el camino pacífico en el cual ha entrado; ¡Pueda ella desarrollar todos los elementos de fuerza y de prosperidad ocultos en su fecundo seno!

Sobre los intereses materiales están los intereses morales del país, que son el alma y el corazon de un gran pueblo, y sin ellos no puede tardar en declinar y disolverse. Continúa siendo su defensor. La religion que amais no os pide privilegios y favores, os pide que le conserveis siempre lo que el Emperador vuestro tío le dió en los dias de su mayor gloria, la libertad de vivir y de hacer bien. Ganareis en ello el reconocimiento de los pueblos, y la sola gloria quizá que un gran corazon puede ambicionar ahora.

Príncipe, acordaos menos de lo pasado que de lo porvenir. Se puede hablar de paz cuando se tienen en la mano tan valientes ejércitos. Vuestras águilas, desde las cimas del Atlas hasta las de los Alpes y de los Pirineos, tienen bastante espacio para su vuelo sublime.

La Providencia os destina á la realizacion de una obra santa y grande. Acordaos de que para edificar el templo, Dios prefirió Salomon á David. Continúa reconstruyendo en paz la sociedad tan profundamente sacudida, edificando con una mano y sosteniendo en la otra la espada gloriosa de la Francia.

Vos habeis comprendido que en una época en que todas las instituciones tienden á impregnarse con el espíritu del Evangelio, el edificio social no pueda cimentarse bien sino en el amor y en la clemencia.

¡Oh Dios, Señor Soberano de la guerra y de la paz,

que disipais los complots, que calmais las tempestades, que rompais, cuando es vuestra voluntad, la espada desenvainada para el combate, *qui conteris bella*; venid Vos mismo á bendecir estos estandartes, imprimid en ellos señales manifiestas de vuestro poder y de vuestra Santidad. Que al verlos aliente el valor, se eleve y suba hasta su celeste principio: *De caelo fortitudo est.*

No los hagais terribles sino á los enemigos del reposo público, y á las naciones, si las hay aun, celosas de nuestra gloria y de nuestra prosperidad, y que ensayaren de perturbarlas, *ad dissipandas gentes quæ bella volunt*. Que sean una salvaguardia para nuestros valientes soldados y una prenda segura de victoria, *victoriæ certæ fiducia*.

¡Que encierren en sus gloriosos pliegues la paz y la guerra para seguridad de los buenos y terror de los malos: y que á su sombra la Francia respire y sea, para dicha del mundo, la mas grande y mas feliz de las naciones!

En seguida el príncipe Presidente volvió á montar á caballo y empezó el desfile. Durante este, únicamente los generales de division se paraban delante del Presidente. Los generales de brigada y los coroneles seguían el movimiento de las tropas. Durante dicho tiempo el Presidente estaba á caballo frente de su tribuna, teniendo á su derecha el príncipe Gerónimo y el ministro de la Guerra. Las tropas pasando delante de él, hacían oír numerosos gritos de *viva Napoleon!* Gritos menos numerosos de *viva el emperador!* se oyeron de cuando en cuando sobre todo en las líneas de la gendamería móvil y de la guardia republicana. Los cazadores de Vincennes desfilaron al paso gimnástico con una precision y uniformidad notables. El porte de todas las tropas era muy vistoso, y causaba la admiracion de todos los asistentes. A las tres había ya concluido el desfile. El príncipe Presidente para volver al Eliseo, ha atravesado de nuevo el Campo de Marte y el puente de Yena. Las tropas que volvían á sus cuarteles y la multitud que se volvían á sus casas lo han saludado con las mismas aclamaciones. Ha reinado el mayor orden, la mayor tranquilidad y la regularidad mas perfecta, y en esta innumerable masa de espectadores, que se hacen subir á 400,000, gracias á las medidas hábilmente tomadas por la autoridad, no sabemos se tenga que lamentar ningún accidente.

Despues del desfile y antes de volver las tropas á sus cuarteles y á sus acantonamientos, formadas por batallones, hicieron un movimiento de flanco derecho y de flanco izquierdo, para presentar las armas al príncipe Presidente al toque de los tambores reunidos en el Campo de Marte.

Las banderas entregadas hoy al ejército francés llevan las cifras del Presidente, una R. y una F. (República francesa), y el nombre de las principales batallas en que ha tomado parte el regimiento. El águila que corona cada bandera es de un hermoso dibujo y recuerda completamente las águilas romanas.

### Discurso pronunciado por el Príncipe Presidente en la distribucion de las Águilas.

Soldados: La historia de los pueblos es en gran parte la historia de los ejércitos. De sus triunfos ó de sus derrotas depende la suerte de la civilizacion para la Patria. Si son vencidos, cabele la invasion ó la anarquía; si son victoriosos, la gloria ó el orden. Por esto, las naciones como los ejércitos profesan una veneracion religiosa á estos emblemas del honor militar que resumen en ellos todo un pasado de hechos y de triunfos.

El águila romana adoptada por el emperador Napoleon á principios de este siglo, fué la significacion mas brillante de la regeneracion y de la grandeza de la Francia. Desapareció en medio de nuestras desgracias y debia volver cuando la Francia recobrada de sus derrotas y dueña de sí misma, no pareciese repudiar ya su propia gloria. ¡Soldados! volved á tomar pues, estas águilas, no como una amenaza contra los extranjeros, sino como el símbolo de nuestra independencia, como el recuerdo de una época heroica, como la señal de nobleza de cada regimiento.

Tomad de nuevo estas águilas que con tanta frecuencia han conducido nuestros padres á la victoria, y jurad morir, si es menester, para defenderlas.

Es copia conforme.—El director del telégrafo, D'Hauterive.

TEARO. Linda di Chamouniz, y baile andaluz.

IMPRESA NACIONAL Á CARGO DE D. JUAN GUASP  
EDITOR RESPONSABLE.